

Vuelve Dios a no existir

Santi Villamayor, Septiembre 2010

A propósito de la polémica en torno al último libro de S. Hawking

Con relativa frecuencia nos sorprenden los medios de comunicación con noticias acerca de la existencia o inexistencia de Dios. Así ocurrió con motivo de la llamativa campaña de los autobuses urbanos o la más discreta referente a la búsqueda del bosón de Higgs interpretado como el “bosón de Dios”. Ocurre algo similar estos días con ocasión del reciente libro de Stephen Hawking donde parece afirmarse que para explicar el mundo no es necesario un Creador.

Sin embargo, en mi opinión, el asunto del Creador o Dios no se resuelve tanto en el mundo físico cuanto en el ámbito de la libertad. El primero, el orden de la naturaleza, es objeto de las explicaciones científicas que están basadas en hechos y en inferencias lógicas. Su rango de verdad es muy elevado, aunque como todo el mundo sabe, no es absoluto. Mas bien la ciencia actual es consciente de sus limitaciones y se inclina antes por un camino de refutación del error que de sucesivas confirmaciones.

En el segundo ámbito citado, el de la libertad –que no está separado del anterior– también las ciencias naturales tienen mucho que decir pero se suelen complementar con otras metodologías de carácter social aunque son más imprecisas y subjetivas. Pero son muy válidas para entender lo inmensurable.

Si vamos cerrando el círculo de nuestro análisis hacia las realidades más propiamente humanas el conocimiento todavía se vuelve más difuso y borroso. Pero es también aquí donde aunque haya poca claridad más necesitamos saber o entender. Nos va en ello la vida como se suele decir. El problema del mal, la muerte, la naturaleza de la conciencia, etc., no son asuntos fáciles de razonar.

Las cuestiones propiamente humanas son más accesibles y se aclaran algo a través de la comprensión o hermenéutica. En esta perspectiva, incluso cuanto mayor es la empatía mejor es la interpretación, como ocurre cuando nos ponemos en el lugar del otro. Las reflexiones morales y políticas, por ejemplo, se resuelven mejor desde la amistad cívica o concordia que decía Aristóteles y la imparcialidad que de ella se deriva.

Finalmente no sabemos si hay algún otro ámbito de realidad; perceptible desde luego no lo es y comprensible poco. Si lo hay es inefable y es un Reino de los Mares, ni “el de los

Cielos” ni “el de este mundo”. En él andamos machadianamente sobre el agua (con algún chapuzón). En este mundo construimos metáforas para sobrevivir y sobresalir; antes se llamaba “sobrenatural”. En él depositamos las incomprendiones, anhelos y sueños. Es el ámbito de los mitos, los símbolos y las creencias con los que atrevida e insuficientemente intentamos poder dar razón de una tierra que con demasiada frecuencia hace agua, como hemos dicho.

En este lugar se suelen situar erróneamente las llamadas verdades absolutas, quizás porque al no tener certeza de ellas se es más libre para divagar. También los fanatismos que al no entrar en razón compensan con la fuerza la vacuidad del ideal. Igualmente los dogmatismos, oscurantismos y otros istmos que nos separan de la tierra común del consenso y la ciencia.

Y aquí encontramos también la referencia al Creador citado por Hawking como innecesario. En general en los esfuerzos por meter a Dios en el mismo terreno que el de los hechos físicos se da excesivo trasiego de modos de conocer y de ámbitos de realidad que suscita mucha confusión. Tenemos que diferenciar entre la explicación de la naturaleza, la comprensión del ser humano y la creación de metáforas para abocetar lo que no comprendemos. Un arte cognitivo muy loable y arriesgado

Las formulaciones simbólicas no son verdades en sentido estricto. El término Dios no responde a concepto alguno demostrable o no por una racionalidad científica o metafísica. El término Dios, como el de Creación o Resurrección es una expresión simbólica cuyo referente, si lo hay, es inalcanzable. Tiene su valor como expresión de la esperanza. Ya nos lo dijo Kant al plantear los límites y postulados de la razón.

Estos símbolos, no obstante, no carecen de valor por ser inidentificables. Las “verdades metafóricas” cumplen otras funciones: animar y atraer la libertad. Proponen una elevación moral hacia la belleza y la gratuidad que constituye el complemento necesario para una ética cívica sustentada frágilmente en la reciprocidad. Crean un modelo de felicidad más significativo que el mero bienestar. Son llamadas a máximos morales que nunca pueden ser respondidos en una dinámica de obligatoriedad, social o personal.

Eso ocurre con el término Dios. No dice nada definido pero alude al todo del que no puede salir la conciencia. Significa esta intencionalidad incomprensible hacia el desinterés social muy contraria a la justificación de la dominación. De él no se puede hablar como decía Wittgenstein... “y de lo que no se puede hablar se debe callar” o Juan Evangelista “nadie ha visto jamás a Dios,... pero el que ama permanece en Él”. Por eso no importa que se le dé un nombre ni el nombre que se le dé, ni tiene sentido demostrarlo.

Y donde mejor se muestra esa incondicionalidad del amor es en la preferencia por el necesitado y el débil. De ahí que algunos propongan la imagen de padre- madre o amado-a porque entre todos los amores humanos éstos parecen manifestar mejor esta dimensión de desbordamiento o gratuidad. Pero no olvidemos que son llamadas simbólicas.

Por eso las creencias humanas, hasta ahora llamadas religiones, han de ser asumidas bajo un velo de racionalidad. No hablamos solo de una racionalidad ideológica. Nos referimos a esta rica propiedad humana, también incompresible, donde se generan además del conocimiento, los afectos, la comunicación, los sueños. Esta razón o conciencia es para el increyente su mejor cualidad y para el que cree además el mejor don de Dios. Allí se da la posible revelación que citan las religiones y que debe ser un momento de cuidadoso discernimiento y crítica por parte de esta razón.

Exista o no Dios nunca lo sabremos, pues somos radicalmente incomprensión o "misterio". Mientras tanto creamos de tal manera que tanto la fe como la ciencia puedan ser consideradas como un bien universal para toda la naturaleza y la humanidad. Y actuemos de tal manera que no solo nuestras acciones puedan ser consideradas como un bien universal, sino además como un excedente de bondad nacido de la libertad y animado por un sentir humanitario universal.